

dar algunas colonias que sirvieran de freno a los indios y en este año quedaron establecidos los pueblos de S. Felipe y San Miguel, patria de Afende uno de los gefes de la independencia.

El año siguiente de 55, tuvo lugar en México, la reunion del primer concilio mexicano, convocado por el Sr. Arzobispo D. Fr. Alonso de Montujar, asistieron a esta asamblea, a mas de su presidente los Obispos de Tlaxcala, Michoacan, Oaxaca y Chiapas, los Deanes de Tlaxcala, Guadalajara y Yucatan, el Arceidiano de Guatemala, los prelados de las ordenes de religiosos que habia en la capital, los individuos de la audien- cia y otros doctos eclesiasticos de la ciudad. Ya desde los primeros dias de la llegada a México, de los primeros religio- sos Franciscanos, el P. Fr. Martin de Valencia, habia reuni- do una junta de eclesiasticos: y otra a que concurrieron los obispos de la Nueva España, fué convocada por el visitador Tello; pero aquellas solo habian sido como consejos para ilustrar con sus juicios a los Gefes del Gobierno temporal y esta fué con objeto de arreglar muchos puntos de la disciplina eclesiastica, atendiendo a las necesidades de la Iglesia, parti- cularmente en lo relativo al arreglo de aranceles para los parrocos, a los contratos entre indios y españoles el modo de celebrar los matrimonios, en los lugares que solo estaban su- jetos a los misioneros.

En Zacatecas, se habia ido formando la poblacion en la ca- ñada de Bracho, poniendo alli los españoles su parroquia, sus casas y las haciendas en que beneficiaban los metales que iban adquiriendo; y los indigenas quedaron establecidos en los pueblos de Tlacuitapa, Mejcapa, Chepinque, y los dos a que entonces se les dió el nombre de S. José y el Niño donde se avecindaron los indios de México, Tonatlan, Juchipila y de otros lugares que en calidad de auxiliares, acompañaron en su expedicion al capitán Tólosa. Los padres misioneros, que

habian acompañado a los conquistadores en Michoacan y Ja- lisco y que tambien vinieron para difundir la luz del evan- gelio entre los cascanes de Zacatecas, pusieron su residencia en el lugar donde despues estuvo el convento de los religio- sos agustinos, como punto mas a propósito para atender a las necesidades de los recién convertidos.

El año de 1548, pasó a Zacatecas Cristóbal Oñate que ha- bia sido Gobernador de la Nueva Galicia y con sus compa- ñeros Diego de Ibarra y Baltasar Bañuelos, empezaron a fo- mentar los trabajos de las minas, descubriéndose en este año las minas de la Alvarrada, las de San Bernabé y las de Panu- co, con lo cual fué considerado Zacatecas, como el mas importante mineral y tuvo desde entonces bastante incre- mento de españoles, que de todas partes ocurrían, atraídos por la fama de aquellas minas.

Asi por la riqueza de Zacatecas, como por las noticias que habian ido dando los primeros expedicionarios, que recorrie- ron la tierra adentro por orden de Nuño de Guzman, dispuso el Gobierno de la Nueva Galicia, que se colonizara todo a- quel territorio, para lo cual se mandaron colonos, al mando del capitán Ginez Vazquez del Mercado el año de 1552. Este gefe llevaba de guía unos indios de Valparaiso, que le habian informado que en los llanos de Guadiana habia cer- ros de plata, de suerte que aunque en el camino halló sitios que prestaban comodidad para poblar, no quiso detenerse hasta el lugar de tanta riqueza señalado por sus guías. Cuan- do ya estuvieron a la vista de los argentíferos cerros que con tanto anhelo buscaban, conocieron que un cerro era de fier- ro y aunque él constituye por sí solo un tesoro, no era el que por entonces podia contentar el corazon de los conquistado- res; y el capitán mal dispuesto con el chasco que habia lleva- do, volvió a Guadalajara, dejando sin embargo su nombre al cerro, que hasta hoy es conocido con el nombre de cerro de

mercado, situado en el valle donde actualmente está la ciudad de Durango. A la vuelta de esta expedición, pasó la tropa una noche en el pueblo de Sain; y algunos indios que los venían acechando, la sorprendieron cuando todos dormían, matando dos soldados y dejando otros heridos, entre ellos al gefe Vazquez del Mercado. Este murió en Juchipila y allí se disolvió la reunion, tomando todos distinto camino, fastidiados de una expedición sin algun fruto, despues de los grandes riesgos y fatigas a que en todo el camino estuvieron expuestos.

Por este motivo, quedó sin efecto la colonización en aquellos terrenos de que se tenía noticia eran un manantial de riquezas; pero el año de 53, la audiencia de Guadalajara ordenó a Martín Pérez alcalde mayor de Zacatecas, que pasase a poblar, lo que Mercado no había podido seis años antes. Cuando el alcalde Pérez recibió esta orden, muchos indios de las poblaciones de la tierra adentro venían a Zacatecas, atraídos por el afable trato que los misioneros daban a los naturales; y como veían el progreso que los españoles hacían en la explotación de las minas, les habían dado noticia de otros minerales de cuya riqueza los dejaban satisfechos con las muestras de metales que les habían traído. Así es que al formar su expedición, Martín Pérez llevaba noticia exacta por los mismos concededores de la tierra de los sitios en que con mas provecho debía formar las poblaciones que le mandaba el Gobierno de Guadajajara, pero le detenía en la ejecución de su proyecto la falta de ministros que doctrinaran a los indígenas, sabiendo ya por una dilatada experiencia, que la presencia de un humilde religioso era mas eficaz para desarmar el furor de los indios, que el estruendo de las motíferas armas de los soldados. También los ministros del Evangelio siempre estaban prontos para acompañar a los conquistadores, así para contener sus excesos como para no per-

der ocasion de sembrar en el inculto corazon de los infieles la fecunda semilla de la unica religion que podia civilizarlos; y hallándose en esta ocasion en Zacatecas el religioso Franciscano Fray Gerónimo Mendoza sobrino del primer virey, aunque por haber concluido el negocio que trajo debía volverse a la Capital, movido de su celo por la causa de la civilización, se prestó a servir como capellan en la expedición preparada, que salió con dirección al Norueste descubriendo y poblando los minerales de Fresnillo, Sombrerete, Nieves y San Martín de la Noria. En todos estos lugares, el padre Mendoza, ayudado de interpretes iba predicando a los gentiles las verdades de la ley evangelica, a cuyas amorosas pala-

bras se rendían gustosos los naturales, que se avenían a vivir pacíficos con los nuevos pobladores por la afabilidad de su trato y prudente conducta que fueron observando llevados de los consejos del padre Fray Gerónimo.

El número de colonos que formaba la expedición no permitía pasar adelante, pues en los lugares descubiertos había suficiente campo para ocuparse la atención de todos; y sabiendo el religioso que aun había multitud de poblaciones de infieles para el interior, determinó ir a ellas guiado solo por algunos interpretes y sin mas armas que su breviario y una imagen de Jesucristo crucificado, que es la sabiduria recomendada por el apóstol de los gentiles del viejo Continente. Desde que el padre Mendoza salió de San Martín empezó a encontrar multitud de indios que poblaban aquellas selvas y que a pesar de la ferocidad de su corazon todos lo recibían con dulce admiración y se esforzaban en presentarle como prueba de su cariño las desalminadas viandas que podían tener en sus rústicos albergues: el padre correspondía con igual dulzura y atrayéndolos con sus caricias y la poderosa fuerza de su palabra llevaba en pos de sí una humerosa multitud que humildemente escuchaba la voz del religioso, manifestándole por la

primera vez los incomprensibles arcanos de la verdad; y así bajo la sierra que hoy se llama el "Calabazal" caminando hasta el lugar que desde entonces tenía la denominación del "Valle del Zuchil," donde habitaba una cantidad mucho mayor de indios y que recibieron al ministro del Altísimo con no menores pruebas de su profunda veneración. Cuando en él advirtieron las señales de la corona, comprendieron la elevación de su dignidad y esto contribuyó notablemente á formar la docilidad de aquellos espíritus salvajes para recibir la predicación evangélica, que desde luego emprendió el religioso varón, sirviéndose de los pocos términos que entendía de su idioma y ayudado en lo demás por los intérpretes que formaban su compañía.

Los indios, no solo estuvieron dispuestos á rendirse desde luego á la eficacia de su palabra, sino que deseando comunicar aquel bien á sus hermanos que por todas partes vivían envueltos en las redes de un paganismo salvaje, alegres ofrecieron al padre llevarlo por otros campos donde recogería mas abundante cosecha para depositar en los espirituales graneros del padre celestial; y de allí lo llevaron acompañado del universal regocijo por lo que hoy es el "Valle de las Poanas," la hacienda de "San Quintín," el "Ojo de los Berros" y llegando á un lugar que le parecía á propósito para congregarse tan copiosa mies, pensó fundar allí un lugar donde hacer con mas fruto sus apostólicos trabajos, pronunció para dar principio el santo nombre de Dios que desde entonces fué el de aquella población que hasta hoy es conocida con la denominación de "Villa de Nombre de Dios." Allí hizo que los indios le formaran una enramada para la celebración de sus divinos misterios y dió principio á su predicación con tanta suavidad y dulzura, que luego se hizo dueño de aquellos bárbaros corazones, pues todos venían presurosos á regenerarse con las aguas del bautismo y á ejecutar cuanto el padre les

ordenaba: pronto empezaron á reformar sus detestables costumbres, dejaban los sitios de sus antiguas habitaciones y formando parte de aquella nueva sociedad cristiana, se dedicaban al cultivo de la tierra y al ejercicio de las demás artes indispensables de que el padre les daba noticia.

Desde allí salía Fray Gerónimo á recorrer otras innumerables poblaciones de infieles, que hallaba no menos dispuestos á rendirse al yugo del evangelio: asistía tambien á los ejercicios espirituales de que necesitaban las otras poblaciones que quedaron fundadas; y conociendo la imposibilidad de atender solo al cultivo de tan estensa mies escribió al virey y al superior de su provincia del Santo Evangelio en México, encareciéndoles la necesidad de otros operarios para coger todo el fruto que era de esperarse en aquella multitud de almas tan bien dispuestas para recibir las luces de la verdadera civilización. El virey D. Luis Velasco, tanto por su natural afecto hacia los indígenas como por las consideraciones personales que profesaba al padre Fray Gerónimo como sobrino de su predecesor en el Virreinato, tuvo el mayor empeño en obsequiar los santos deseos del apostólico varón y fácilmente arregló con los prelados del Santo Evangelio, la remisión de cuatro religiosos á los ásperos retiros que solo cultivaba Fray Gerónimo con sus sudores y sus lágrimas.

El padre fray Pedro Espinareda, hombre docto y muy amante del bien de sus semejantes fué electo como prelado de aquella pequeña seccion de obreros, que iba á trabajar á los campos recién descubiertos á los resplandores de la verdad; á su llegada á "Nombre de Dios," saltó de gozo el padre fray Gerónimo y derramó en su presencia lágrimas que arrancaba su ternura; pero tuvo el sentimiento de recibir de los que él creía compañeros de sus tareas, el mandato del general de su orden para pasar á los reinos de Castilla. Impuso á los nuevos religiosos de cuanto le pareció conveniente para el mayor fruto

de sus trabajos encargó á todos los indígenas la obediencia á sus nuevos superiores, los consoló con el bálsamo de su palabra por la tristeza que á todos causaba su separación; y echándose su bendición partió para su destino en cumplimiento de los superiores mandatos, dando noticia así en Zacatecas como en México, de la fertilidad de aquellas tierras y la docilidad de sus habitantes con lo cual se resolvieron muchos á pasar á ellas para formar nuevas poblaciones.

Siguiendo el padre Espinareda el camino que con tanto acierto había trazado su antecesor, cada día recogía nuevos frutos entre aquellos pueblos gentiles, y adelantando sus conquistas espirituales llegó hasta el "Valle de Guadiana" donde reunió una gran multitud de infieles, que prontos á recibir en el bautismo la fe de Jesucristo, se prestaron á formar el pueblo al que se denominó "San Juan Bautista de Analco."

Mientras había llegado á México fray Gerónimo Mendoza, y por su relación se movió el virey Velasco á mandar una expedición colonizadora á cargo de Francisco Ibarra, hijo de Diego Ibarra su yerno y alcalde mayor de Zacatecas ya en aquel año de 59. Con estos pobladores se fundó el lugar de Nombre de Dios, junto al pueblo de los indios congregados por fray Gerónimo; y en los llanos de Guadiana, al pié del famoso cerro de Mercado y al otro lado del río á cuya orilla se hallaba el pueblo de Analco, se fundó la ciudad de Durango, que pronto floreció y fué capital de todo el territorio á que se dió la denominación de N. Vizcaya.

Como el carácter de los habitantes de estos países era mas pacífico, que el de los otros puntos conquistados y en ellos, antes que sentir los indígenas el estrago de las armas castellanas, y la injusta opresión de los encomenderos, recibieron las suaves exhortaciones de los ministros del Evangelio, estuvieron prontos á reducirse á vida civil y no hubo en estos lugares la efusión de sangre que enrojeció la tierra en otras partes.

Apenas se hubieron formado estos lugares con tan buen éxito, el gefe de aquel nuevo gobierno de acuerdo con los religiosos, determinó adelantar la colonización y se comenzó la explotación de los minerales de Cuencame, Indé y la sierra de Topia. Se fundaron las poblaciones de San Buenaventura que después se mudó á donde hoy es San Juan del Río, la del Valle de San Bartolomé y se llevó la predicación evangélica por la nación de los Conchos, que habitan por las márgenes del río del mismo nombre. Para atender á la enseñanza de tantas congregaciones indígenas, pidió el P. Espinareda otros compañeros á la casa matriz del Santo Evangelio, que proveyo hasta donde pudo á la espiritual necesidad de tantos pueblos. Cuando los colonos se habían adelantado tanto, no dejaron de sentir algunas hostilidades de los pueblos de mas al interior, cuyas pasiones no podían tener freno en sus costumbres paganas; y para contenerlos, fundó Ibarra la ciudad de Chihuahua, que sirviera de cantón á las tropas y que después ha sido capital del Estado de su nombre. En toda esta conquista, Ibarra procedió tomando posesión de las tierras en nombre del soberano de Castilla; y aunque este acto no deja de resentirse del vicio que la conquista trae desde su origen, sin embargo se verificó sin las inhumanidades que en otros lugares y procuró el conquistador acercarse á la justicia hasta donde le fué posible, no tomando para sí ni un palmo de tierra, sino todo en nombre del soberano. Con esta conducta y la actividad con que se obró, pronto quedó consumada y bien asegurada la conquista de un estenso país, que es sin disputa uno de los que en la Nueva España, reúne mas elementos de riqueza. En tiempo del Gobierno vireinal, floreció la capital de la Nueva Vizcaya así en riqueza como en ciencias, pudiendo competir en ilustración con todos los principales centros de población: hoy su fortuna ha declinado, pues poco trabajadas las muchas y feracisimas fincas de campo que forman el Estado y paralizados casi en su totalidad los minerales, su

comercio tiene un movimiento muy lento y en decadencia hace algunos años.

En ningún tiempo se había gozado de una completa paz como en el reinado de Velasco, pues á excepción de las incursiones que hacían los chichimecas alzados á los lugares poblados, no se oyó en este tiempo el mortífero estrago de las armas; y aunque las conquistas se estendieron muy considerablemente, fueron sin mas violencia, que la persuacion empleada por los hijos de San Francisco para con aquellas oyejas que andaban errantes y que á los primeros silvos del pastor corrieron ansiosas á congregarse en el aprisco de la verdad. Sin embargo, la conducta del virey, en su misma rectitud, no dejó de excitar enemigos: pues los primeros actos de su gobierno fueron inexorables para restituir á los indios su libertad y hacer que gozaran de los derechos que les eran debidos por la naturaleza y por las leyes civiles; y como para esto hubo que chocar con ilegítimos intereses, que descansaban en el inicuo abuso de la esclavitud, no faltaron poderosos que informaron mal de él á la corte y ganando á consejeros yiles que por desgracia casi siempre forman esa pestilente atmósfera en que se pierden los soberanos, consiguieron despachos en que se le prevenía al virey, no determinara en los negocios sino con acuerdo de la audiencia. Tal disposicion no podia menos que causar graves dilaciones en los negocios, con detrimento de la justicia y de los intereses de muchos, que por lo comun debían ser los pobres, y desvalidos: en vista de esto, el virey de acuerdo con otras personas, mandó una diputacion al rey, manifestando los perjuicios que resultaban al servicio público con aquella traba puesta á la autoridad del virey; pero los interesados en esto de antemano tenían ya ganado el ánimo de Felipe II que ya ceñía la corona de España, y sin acceder á la peticion, mandó al Lic. Balderrama como visitador del virreinato, con las instrucciones que creyó convenientes para remediar los males que pudiera haber. Este funcionario obró del peor modo que

podía; y en lugar de aliviar en algo la suerte de los naturales, la agravó aumentándoles al duplo, el tributo que pagaban y sin exceptuar á nadie. Los mexicanos se quejaron al virey á quien estaban acostumbrados á ver, como á verdadero padre; pero Velasco, sin poderlos librar por entonces de aquella carga, los consoló como pudo, esperando mejor ocasion.

El virey padecía una enfermedad hacia algun tiempo, y en el estío de 1564 se agravó de tal manera, que le causó la muerte el 31 de Julio. Todos los súbditos del virreinato lloraron amargamente aquella pérdida; pero con especialidad los mexicanos. Todos los elogios que pudieran hacerse de este apreciable sugeto, pueden compilarse en que él mereció el renombre de *padre de la patria* y que segun el testimonio de las personas que escribieron á Felipe II comunicándole su muerte, todos convienen con el cabildo eclesiástico de la capital, en "que gobernó con rectitud y prudencia, sin hacer agravio á ninguno; que murió muy pobre, porque su fin principal fué hacer justicia con toda limpieza, sin pretender adquirir cosa alguna, sino servir á Dios, al soberano y mantener el reino con suma paz y quietud." (1)

(1) Bernal Dius hist. de la conquista cap. 200. Carta de Cortes á Carlos V de 3 de Febrero de 1544. Herrera dec. 8 lib. 6.º cap. 3 y lib. 7.º cap. 14. Torquemada part. 1.º lib. 3 cap. 11 y part. 3.º lib. 19 cap. 16 y 17. Moreno, vida del V. D. Vasco de Quiroga lib. 1.º cap. 18. Freges hist. de los Estados indep. lib. 4.º cap. 2.º y 3.º Arlegui crónica de la prov. de San Francisco part. 1.º cap. 5.º 6.º y 7.º P. Cabo lib. 4.º números 18 al 23.